

MANUELA

Manuela se había pasado toda la vida caminando de arriba abajo, intentando alcanzar el horizonte. Pero el horizonte siempre se iba: si Manuela avanzaba tres pasos, el horizonte se iba tres; si avanzaba diez, él se iba diez atrás. Y ella corría y corría hacia aquella línea entre el mar y el cielo que cada vez parecía más lejos.

Manuela vestía de blanco y negro, con una falda larga hasta los tobillos que se arremangaba de tanto en tanto y una camisa con cuatro botones. Iba siempre descalza, pero se protegía del sol y de la lluvia con un sombrero de ala ancha. Debajo del sombrero, unos largos cabellos rizados y dos ojos pequeños como garbanzos.

Cuando empezaba a oscurecer, cansada del paseo, volvía a casa, donde no había muebles, ni cuadros, ni personas, porque era tan y tan pequeña que sólo cabía ella. Manuela estaba triste porque se sentía sola.

Un día, durante una de sus caminatas, llegó a una playa larguísima, de arena blanca como no lo es nunca la arena. Allí le pareció que el mundo era líquido y que, con la ayuda de las olas, sacaba sus tesoros a la orilla. Manuela se volvió loca de emoción y recorrió toda la playa recogiendo aquellos tesoros que le hacían saltar de alegría. En poco tiempo, la diminuta casa de Manuela se llenó objetos puntiagudos, suaves, que servían para todo y que no servían para nada, hasta, y todo, algunos incomprensibles, para los cuales inventaba un uso secreto.

Pasado un tiempo, tuvo que comenzar a dormir en un rinconcito, porque el resto de la casa estaba llana de todas las maravillas que le había regalado su mundo de agua.

Luego se dio cuenta de que había llagado el momento de irse a continuar a perseguir.

Tuvo que escoger tres tipos de objetos, los únicos que le cabían en la maleta.

Pensó mucho. Muchísimo.

- Este no, este tampoco... puede que este, o este otro.

Finalmente se decidió: se llevaría una gran caracola que le enseñó a querer al océano; un girasol que, con sus vueltas de cabeza le había enseñado a querer la tierra y una flauta que “itirurí, tirurí!” le había enseñado a querer el aire. Llenó los vacíos con el ruido de las olas para que sus tesoros no se movieran durante el viaje. Así, cada vez que abriera la maleta, se acordaría de la playa donde había recuperado la sonrisa.

Vestida de color naranja. Oh, iiiisííí!!!! iiiiTambién tenía una falda naranja!!!! Volvió a correr hacia el horizonte. Pero ahora ya no quería cogerlo, había descubierto que el horizonte es como una ilusión, que está a lo lejos, animándonos a avanzar hacia él, haciendo que, por el camino encontremos ilusiones, y más horizontes y más tesoros de los que escupen las olas.

AÑOS.

GABRIEL MORRO GAYÁ 10

C. P. Joan Mas
Pollensa, (Mallorca)